

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



## PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,

SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

Galería histórica, *Engracia*, por D. Joaquín Tomeo y Benedicto.—*Súplica*, poesía, por doña Isabel Poggí.—*Mitridanes y Natan*, cuento, por D. Felipe Perez.—*La muerte de un padre*, poesía, por Doña Antonia Orts.—*Consecuencias de la envidia*, leyendas árabes, por la señorita Doña Rogelia Leon.—*Revista de teatros*, por don Leandro A. Herrero.—*Modas*, correo de señoritas, por doña Joaquina de Carnicero.—*Esplicacion del pliego de lencería*.—*Esplicacion del pliego de dibujos*.—*Variaciones*.

Pliego sexto de 16 páginas de *Cárol y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

## GALERÍA HISTÓRICA.

V.

### ENGRACIA.

El sol al asomar por Oriente ha aparecido cercado de una neblina roja, al caer sus rayos sobre la tierra, han tomado un tinte amarillento y melancólico.

Es una mañana de abril, hermosa; pero triste como los ojos de una virgen empañados de lágrimas.

César-Augusta (Zaragoza) se halla silenciosa como un sepulcro.

La corneja ha revolado dando chirridos por entre los torreones del castillo de Teobaldo; una bandada de cuervos han pasado por cima del Ebro y de la ciudad, yendo á perderse entre las cordilleras del Moncayo.

Era en un salon de un palacio situado en las inmediaciones de la ciudad, junto á sus muros, y no lejos de la puerta de Occidente.

Sus paredes se hallaban cubiertas de ricos paños de Tiro, y en sus cuatro ángulos se alzaban preciosos pebeteros donde ardian perfumes de Damasco y Balsora.

Un tibio rayo de sol penetraba por los pintados cristales de sus ventanas, iluminando blandamente la estancia.

En ella, sola y sentada sobre un almohadon de tisú se veía una hermosísima doncella de unos diez y seis años. Era su rostro blanco como el cáliz de la



azucena; en sus ojos azules y limpidos se reflejaba todo un cielo de candor y pureza; dos trenzas de su cabello rodeaban el cuello alabastrino como una lazada de oro, y su frente asomaba radiante, bajo un precioso cintillo de perlas y esmeraldas. Vestía una túnica de seda azul, abrochada en lo alto de la garganta por botoncillos de oro, y sujeta á su diminuta cintura por una faja de seda blanca, y un manto de escarlata, cogido sobre el hombro derecho por una rica joya, descendía magestuoso hasta sus pequeñísimos piés calzados con sandalias de terciopelo negro.

El nombre de esa preciosa criatura era Engracia, su patria la Lusitania; hija de un poderoso magnate de aquella tierra, acababa de llegar á Zaragoza de paso para las Galias, donde por un arreglo de familia había de desposarse con un gobernador de la frontera.

Recostada junto á la ventana, los ojos de aquella niña vagaban por el pintoresco paisaje que se extendía entre ellos.

Engracia, triste y pensativa, se hallaba al parecer sumida en graves reflexiones:

De repente se oyó el ruido de una puerta que se abría; uno de los tapices se levantó, y apareció en la estancia un venerable anciano vestido con toscos sayales: su rostro se veía cubierto de una densa palidez, y en sus ojos se pintaba el temor y la sombra.

—¡Sunario! exclamó Engracia, al mirar las profundas muestras de terror que se entreveían en el rostro de aquel anciano siervo.—¡Sunario! ¿qué traes, qué significa ese dolor retratado en tu semblante? ¡Ah! ¡señora! interrumpió el recién llegado rompiendo el silencio y arrojándose á las plantas de la doncella: ¡salvate! ¡salvate por piedad!

Había en aquella exclamación un sentimiento tan tierno, que Engracia se alzó asombrada, y tendiendo al anciano su mano— prosigue, le dijo, explícame la causa de esos temores, el peligro que me amenaza.

—Sí, sí—continuó Sunario,—todo lo sabrás; porque es necesario que huyas; que huyas sin perder un momento.

—¡Huir! murmuró la virgen sin comprender, y fijando en su interlocutor una mirada penetrante.

—Sí—replicó el siervo,—huir lejos de esta ciudad, hoy funesta. Escúchame—prosiguió con precipitación,—desde el instante que he sabido eras cristiana, á costa de mi vida quisiera evitarte el más pequeño

de tus dolores; eres joven, hermosa, y ¡sería horrible!... yo te he acompañado por ocultas y subterráneas vías á visitar el sagrado Pilar y los sepulcros de nuestros mártires; pues bien: yo vengo á decirte. —Engracia, la muerte revolotea entre tus rubios cabellos.

—¡Habla!... exclamó la doncella con viveza: Sabe al fin—continuó el anciano,—acaba de entrar en Zaragoza Publio Daciano, el presidente de España, nombrado por los emperadores de Roma: á nadie se ocultan los instintos feroces que animan á ese tigre, yo le he visto entrar por la puerta de Oriente, rodeado de sus impíos soldados; su rostro me ha horrorizado, y aun he creído vislumbrar en sus manos manchas de sangre de las víctimas inmoladas en Barcelona y Gerona. Á poco de llegar el verdugo de Eulalia, Severo y Félix, una tropa de lictores se ha dirigido á todos los sitios públicos de la ciudad, y un infame pregon ha estremecido con su eco las urnas funerarias de nuestras Catacumbas: en él se ordena á todos los cristianos reducirse á la voluntad de los emperadores, y que, olvidando sus creencias, ofrezcan inmundos holocaustos á sus dioses al mismo tiempo que los tormentos más horribles amenazan caer sobre los que no obedezcan tan crueles mandatos.

Inmóvil como una estatua, y con los ojos fijos en el suelo, quedóse la noble doncella al escuchar la relación de Sunario; pero en silencio, el rostro de la virgen, antes pálido, tomó los rojos tintes de la rosa; sus manos se plegaron sobre el pecho, y fijando su vista en el puro azul del firmamento, comenzó, al parecer, á murmurar una plegaria; así pasaron unos instantes. Engracia, orando, y el anciano contemplándola absorto; por último, la joven, dando un suspiro, y dejando resbalar por sus mejillas una lágrima:

—¡Por tí todo, Dios mío! exclamó con acento conmovido; y recogiendo las puntas de su manto, como obedeciendo á un sobrenatural impulso, dió algunos pasos hacia la puerta del aposento.

—¿A dónde vais? interrumpió el anciano sorprendido.

—Á cumplir con mi deber: á morir por Él—dijo Engracia con solemnidad, señalando la bóveda celeste.

El anciano hizo un movimiento para impedirle la salida; pero una mirada penetrante de la doncella le clavó en su sitio, y ahogó la voz en sus labios. En-



gracia salió con pausa del salón; parecía una sombra que, dejando su tumba, marchaba á cumplir algun mandato de Dios; en sus ojos, en sus ademanes, había algo de extraordinario, de profético que asombraba.

Engracia se dirigió á la puerta de la ciudad, Sunario, rompiendo al fin aquella fuerza desconocida que sujetaba sus sentidos, lanzóse por los salones de palacio, gritando: «¡Engracia, la divina doncella corre á la muerte!»

—¡Salvémosla! exclamaron los diez y ocho caballeros lusitanos que habían venido en acompañamiento de la jóven, y estos, seguidos de un tropel de esclavos, y guiados por Sunario, se precipitaron en pos de la niña cristiana.

Engracia continuaba caminando, sus amigos y servidores la seguían sin atreverse á detenerla, fascinados, atraídos por una influencia sobrenatural.

Admiradas quedábanse las gentes de aquella hermosísima jóven, marchando silenciosa, sin levantar los ojos del suelo, y seguida de un crecido número de nobles y siervos, también silenciosos y asombrados.

Sin detenerse, atravesó la doncella el arco de Occidente, internóse en la ciudad, y pronto se halló ante un palacio de caladas ventanas, en cuya gran puerta se veían formados varios soldados romanos conteniendo á la multitud que se apiñaba á la entrada. Engracia rompió á duras penas aquella valla hirviente de hombres y mujeres, y penetró en el edificio con asombro de los guardas, que ni aun tiempo tuvieron para detenerla; cruzó el pórtico y galerías pobladas de soldados y esclavos que la miraron pasar con sorpresa, subió la ancha escalinata, llegó á un corredor lleno de gentes, y se lanzó dentro del salón que á su fin se encontraba. Aquel salón se veía cubierto de ricos tapices. En el fondo, y bajo un extraño dosel, se hallaba un hombre de aspecto sombrío, medio envuelto en una clámide roja con bordados de oro, y teniendo en su mano derecha una varita de plata con el águila del imperio en su remate: era Publio Daciano.

En su derredor se veían procónsules, ediles y caballeros, y doce lictores con sus terribles hachas sobre el hombro, cerraban el imponente cuadro.

El enviado de los emperadores acababa de exponer ante el Consejo las crueles órdenes que de Roma traía; aun resonaban los ecos del furibundo discurso pronunciado por Publio contra los cristianos,

cuando apareció Engracia en medio de la estancia.

Un sordo rumor de sorpresa recorrió toda la asamblea.

Erguida la cabeza, con paso firme y frente serena, se adelantó la doncella al centro del salón, mientras se agolpaba á la puerta de la estancia una turba de esclavos y soldados, atraídos por la curiosidad.

Un silencio sepulcral precedió á las primeras palabras de la jóven.

—Eres tú, Daciano, ¿no es verdad?—dijo por fin Engracia dirigiéndose al jefe romano que, fascinado por tanta hermosura, clavaba en ella su chispeante mirada sin pronunciar una sola frase,—tú eres,—continuó,—el corazón me dice que son tus labios los mismos que han pronunciado la sentencia á cuyo eco aun se estremecen los buenos. Á tí es á quien debo rogar detengas los rayos lanzados contra la familia de Cristo.

—¿Qué quieres decir, que no comprendo, bellísima niña? exclamó Daciano con un acento dulce que contrastaba notablemente con su feroz aspecto.

—Quiero decir,—continuó Engracia,—que tus órdenes son horribles, y que tu corazón ha debido temblar al espresarlas tus labios.

Una exclamación general de sorpresa siguió á estas palabras; todos, esperando una terrible explosión en el presidente, fijaron en él los ojos con ansiedad; pero Daciano, lejos de encolerizarse, con voz serena y cariñosa:—Bien sabes, celestial criatura,—repuso,—que mis órdenes no deben ni pueden ser revocadas; compasión me da el ver el daño que en tu corazón han hecho los incrédulos; ve en paz, y da gracias á los dioses que de tal candidez te han dotado.

El rostro de la virgen se puso rojo, y alzando los brazos con ademán profético:—Deten la lengua, Publio,—esclamó,—no quieras verla abrasada por el fuego divino!

Vete, doncella, gritó el presidente conteniéndose,—vete, y no quieras que intente descubrir los misterios que te rodean.

Aquí no hay misterios,—interrumpió Engracia;—aquí no hay más que verdad. Solo el Dios de los cristianos me ha guiado, porque no te lo quiero ocultar, soy suya, profeso su fé, y adoro tanto su nombre como execro tus horribles y sanguinarios dioses!

Un grito penetrante, al que siguió un terrible murmullo, circuló por todo el salón.

Los circunstantes, horrorizados por el sacrilegio de aquella niña, fijaron en ella los ojos con la fero-



ciudad de la hiena. Absorto quedóse Daciano, levantóse de su asiento, y clavó una mirada indefinible en Engracia, que, cruzada de brazos y altiva, parecía desafiar la tremenda tempestad pronta á estallar sobre su cabeza.

Daciano acababa de recibir en el rostro un guante de desafío, se veía insultado á la faz de todos, tenía que vengar á sus dioses, y arrojando fuego por los ojos, se dirigió á Engracia amenazándola con los más terribles tormentos si no se desdecía y abjuraba; pero la virgen cristiana se alzó siempre firme.

Entonces, fuera de sí el presidente, comenzó una escena horrible. Engracia fué rodeada de unos hombres negros como el azabache. Casi desnudos, y solo cubiertos por un corto sayo rojo; eran los verdugos de Daciano.

La doncella fué arrastrada al patio del palacio. Allí estaban sus servidores leales, que todo lo comprendieron, prorumpiendo en llanto y gritos de súplica y desesperación, pero nada detuvo la cólera de Publio, que desde la galería, y rodeado de los suyos, contemplaba con sonrisa el suplicio de la virgen.

Engracia fué atada á una de las columnas del patio y azotada sin piedad, arrancaron su carne con garfios de hierro, y luego su cuerpo despedazado, pero aun con vida, sujeto á la cola de dos caballos, fué arrastrado por las calles de la ciudad, hasta que por fin, atravesando su cabeza con un enorme clavo, logró la muerte más gloriosa, sin que en medio de tan atroces suplicios aquellos labios virginales abandonasen una sonrisa dulce y apacible.

Terminado el suplicio de la Santa, sus deudos y siervos fueron inhumanamente degollados.

Los cuerpos de estos mártires, abandonados por sus verdugos, fueron recogidos por los cristianos y sepultados en los toscos sepulcros, allí, en las históricas Catacumbas, sobre las cuales, y pasados siglos, había de alzarse el hoy derruido y antes suntuoso monasterio de Santa Engracia, glorioso libro de piedra, donde en diferentes épocas los zaragozanos han escrito sus más brillantes páginas de gloria.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

### SÚPLICA.

¡SEÑOR! ¡SEÑOR! doquiera con tierno amor te admiro  
En la belleza suma qué encierra la creación.  
Tú distes á los astros su disco de zafiro  
Y, para bendecirte, la fé á mi corazón.

Tú pones en los mares la fuerza con que agitan  
Sus mugidoras ondas de trasparente azul:

Tú das á los volcanes el fuego que vomitan,  
Y al céfiro sus alas de misterioso tul.

Prendiste en el espacio las fúlgidas estrellas,  
Que son de tu pié santo, SEÑOR de eterno bien,  
En la celeste esfera las fulgurantes huellas,  
Que al hombre muestran pura la senda del Edén.

Tú creas parda nube, de la tormenta augurio,  
Para encubrir del cielo la hermosa esplendidez;  
Y elevas de los rios halagador murmurio,  
Y ostentas en los soles tu inmensa brillantez.

Del águila retratas sobre las tersas plumas  
Del iris de bonanza prismático el color:  
Á la sonora fuente das nitidas espumas:  
Suavísimos perfumes á la naciente flor.

Tú das á la paloma dulcísimos arrullos:  
Á la ríscosa cumbre severa majestad:  
Á la enramada bella poéticos murmullos:  
Rocío al valle umbroso, y al aura vaguedad.

Tú creas de la noche la soledad sublime,  
Para que adore el mundo tu omnipotencia ¡oh Dios!  
Los ruidos del torrente, que derrumbado gime  
Y ecos de gloria deja de su rodar en pós.

Por ti, SEÑOR, ostenta los árboles el monte:  
Tú diste á los desiertos su augusta austeridad:  
La luz con que abrillanta la aurora el horizonte  
Los rayos tremebundos á ronca tempestad.

Yo sé que, si en el alma contemplas un vestigio  
De pavorosa duda, de lúgubre aflicción,  
De tu eternal grandeza magnánimo prodigio,  
Das una luz que engendré la fé en el corazón.

¡Dios mío! ¡Y tus bondades á comprender no llega  
Jamás en loco giro la idea del mortal!  
¡Das brillo de esperanza, dolor si el alma ciega!  
¡Das flores de ventura del llanto en el erial!

Nunca, SEÑOR, desoigas mi voz cuando te llame:  
Mi juvenil plegaria ferviente llegue á Ti:  
De fé sublime el brío mi corazón inflame;  
Y ella la antorcha sea que me ilumine aquí.

Á mi existencia has dado, SEÑOR, ignota lira,  
De cuyas cuerdas brota por Ti dulce loor;  
Cual diste al Océano la majestad que admira,  
Cual diste al éter nubes, y al ástro resplandor.

Concédeme que aureola, de paz y de ventura,



Gloriosa mi sien ciña, que aliente mi cantar:  
Rocío que en el valle, de mi existencia oscura,  
De inspiracion las flores descienda á perfumar.

Tú, que á los astros dieras su lumbre de zafiro  
Y, para bendecirte, la fé á mi corazon,  
¡Concédeme la gloria, por que en afan suspiro;  
Dando á mi lira jóven dulce y brillante son!

ISABEL POGGI.

## MITRIDANES Y NATAN.

### CUENTO.

Refieren y aseguran muchos viajeros, entre ellos algunos genoveses, que en Catay habia un caballero muy rico llamado Natan, dueño de una excelente posesion situada á las orillas del camino por donde precisamente habian de pasar todos los que viajaban de Oriente á Occidente, y vice versa. Este hombre, dotado de un carácter noble, espléndido y generoso, quiso dar á conocer la grandeza de su alma por una accion brillante, y al efecto reunió albañiles, carpinteros y trabajadores de todas clases para edificar allí en poco tiempo un magnífico palacio que llamase la atencion universal. En seguida lo amuebló con todo lo necesario para recibir espléndidamente á los viajeros que pasaban, y multitud de criados los servian con una magnificencia digna de su inmensa fortuna y buen corazon. Bien pronto la fama de su generosidad se habia extendido por todas partes, y su conducta no habia variado á pesar de su avanzada edad. En esto llegó allí un jóven llamado Mitridanes, tambien muy rico, y habiendo oido tantas veces alabar su liberalidad, tuvo celos y se propuso nublirla, ó al menos oscurecerla con la suya. Hizo edificar, pues, á imitacion de su rival, un magnífico y suntuoso palacio, donde recibia á los viajeros colmándoles de atenciones, de suerte que al momento alcanzó tambien una reputacion gloriosa.

Un dia que Mitridanes estaba solo en el patio de su palacio, entró una pobre mujer pidiendo limosna, y despues que la obtuvo, volvió á entrar al poco rato por otra puerta, repitiendo la misma operacion doce veces, sin habérsele negado aquella en ninguna de tantas. Apareció por décimatercera vez, y ya entonces la dijo Mitridanes: «Buena mujer, muchas veces vienes.»—y, sin embargo, la dió limosna, pero la mujer exclamó:—«¡Oh Natan, cuán grande es tu gene-

rosidad!—puesto que he entrado á pedir limosna, por las treinta y dos puertas que tiene tu palacio, has fingido no conocerme, y me la has dado! ¡Á este no he venido mas que trece veces, me lo echan en cara y me reprenden!» Dicho esto se marchó, y no volvió más.

Mitridanes, irritado por el discurso de la vieja, y considerando que la reputacion de Natan le perjudicaba, exclamó: «¡Qué desgraciado soy! ¿Cuándo podrá llegar mi generosidad á ser igual á la de Natan? ¿Cómo he de pretender aventajarle, cual pensaba, en las cosas de importancia, si no puedo siquiera igualarle en las más insignificantes? Mientras este hombre viva mis esfuerzos serán inútiles, y ya que el peso de los años no ha podido quitarle todavía del mundo, es preciso que yo lo haga.»—Despues de este arranque de desesperacion y furor, monta á caballo seguido de unos pocos, sin comunicar á nadie su proyecto, y al cabo de tres dias de camino llega á la morada de Natan. Una vez allí, ordena á la gente que digan que no van con él, que se hagan los desconocidos, que traten de alojarse en el palacio, y, por último, que permanezcan allí hasta que les comunique nuevas órdenes. Mitridanes llegó por la tarde, y encontró á Natan paseándose por los alrededores del palacio, vestido muy sencillamente. Como no se conocian, aquel dirigió á este la siguiente pregunta:

—Buen anciano, ¿podreis decirme cuál es la habitacion de Natan?

—Hijo mio, nadie mejor que yo os lo puede decir, contestó Natan con suma alegria, os conduciré á su casa con mucho gusto.

—Dispensadme, repuso Mitridanes, pero quiero, si puede ser, que no me conozca Natan.

—Puedo complaceros, añadió el anciano.

Mitridanes se apea entonces del caballo, y sigue á su guia, que lo conduce hasta el palacio. Natan dispone en seguida que coja el caballo uno de sus criados, á quien dice al oido mande al instante á sus compañeros que nadie diga á aquel jóven que él es Natan. Despues le condujo á una hermosa habitacion, donde solo veia á los criados que tenian orden de servirle, tributándole grandes honores. Aunque Mitridanes respetaba al incógnito por ser un venerable anciano, sin embargo, le preguntó quién era.

—Soy, respondió este, un humilde criado de Natan, le sirvo desde mi más tierna edad, y nunca me ha empleado en otra cosa distinta de la que veis: así es que, mientras todo el mundo le tributa numerosas



alabanzas, yo no tengo de él más que motivos de queja.»

Esta relacion hizo á Mitridanes concebir la esperanza de obtener medios fáciles para ejecutar su perverso proyecto.

Natan, por su parte, tambien le preguntó quién era, y qué asuntos le traian por aquel pais, ofreciéndole sus consejos y servicios para todo lo que de él dependiera. Mitridanes, antes de contestar, reflexionó un poco; mas al fin resolvió confiarse completamente al anciano, pronunciando un largo discurso para asegurarse de su fidelidad; y despues que le hubo enterado del objeto de su viaje, de su nombre y estado, concluyó por pedirle parecer é impetrar su auxilio.

Natan, al oir semejante proposicion, se sorprendió y llenó de espanto; pero repuesto en seguida, le dijo con serenidad y acento tranquilo:

—«Veo, querido Mitridanes, que aunque sois nacido de un padre oscuro, y á quien hacian poco honor sus cualidades personales, no habeis querido imitar su ejemplo, imponiéndoo la obligacion de ser generoso con todo el mundo. Os alabo la envidia que teneis á Natan, y si hubiese muchos que le imitaran, no habria miseria en el mundo. Podeis estar seguro de que guardaré el secreto que me habeis confiado; pero debo advertiros que puedo favorecer vuestro proyecto con mis consejos, mas no con mi auxilio. ¿Veis ese bosquecillo que apenas dista de aquí un cuarto de legua? Pues á él va Natan á pasearse casi todas las mañanas; allí podreis sorprenderle y hacer de ese pobre hombre lo que querais. Si le matais, no teneis necesidad de huir por el camino por donde habeis venido, sino por aquel que se ve á mano izquierda, que va á parar fuera del bosque; es menos frecuentado que el otro, y más corto y seguro para volveros.»—Mitridanes, despues que se enteró de todo, manifestó á su gente el sitio donde debian esperarle al dia siguiente.

Apenas habia amanecido, cuando Natan, invariable en sus sentimientos y poco apegado á una vida de la que estaba siempre dispuesto á dar cuenta á Dios, llegó solo al bosquecillo para recibir la muerte. El jóven, á su vez, toma el arco y la espada, únicas armas que tenia, y se dirige al sitio indicado, donde distingue á Natan. que se pasea solo. Antes de acometerle, desea ver y hablar á su víctima, y para esto corre hácia él, le coge, le detiene y dice: «Anciano, vas á morir.—¿Acaso lo merezco? responde Natan.»

Mitridanes, al oir aquella voz y ver aquel semblante, reconoce al generoso señor que le recibió con tanta bondad, y que le aconsejó con rara abnegacion. De repente su rencor se estingue, y la vergüenza sucede á la ira. Arroja la desnuda espada, se adelanta, y cae á los piés del anciano. «Padre mio, dice llorando, vuestra generosidad me admira como nunca, porque despues de haberos manifestado mi propósito de arrancaros la vida, venis aquí á sacrificarla. ¡Gracias al cielo que vela por mi honor y mi virtud, mas que yo mismo, que ha abierto á tiempo mis ojos fascinados por la envidia! Soy tanto más culpable, cuanto mayor ha sido vuestra abnegacion por complacerme: ¡vengaos, y castigadme como merezco!»

Natan levantó del suelo á Mitridanes, y abrazándole tiernamente, le dijo: «Hijo mio, vuestra falta, ya que le dais ese nombre, es de aquellas que merecen indulgencia. No habeis resuelto quitarme la vida por motivos de odio, sino por un principio de virtud, por la noble ambicion de pasar por el mejor de los hombres. No temais mi resentimiento; al contrario, tened la seguridad de que nadie os quiere mas que yo. Vuestro corazon es grande, pues en vez de pensar como la mayor parte de los ricos en aumentar sus tesoros, tratais de gastar con esplendidez vuestra fortuna. No os avergonceis de haber querido darme la muerte por adquirir fama, y no creais que vuestro designio me ha llamado tanto la atencion. Los más insignes generales no han esclarecido su nombre á costa de la vida de un solo hombre, como tú proyectabas, sino causando millones de víctimas, destruyendo ciudades, y arrasando naciones enteras.»

Mitridanes no trató de disculparse viendo que Natan lo hacia por él cumplidamente. Se limitó únicamente á manifestar su arrepentimiento y profunda admiracion, al ver que no solo estaba resuelto á morir, sino que habia proporcionado los medios y dado consejos para la ejecucion del proyecto.

«Cesará vuestra admiracion, dijo Natan, cuando sepais que desde que soy dueño de mi persona, formé el mismo propósito que vos; he jurado no negar á nadie cosa que estuviera en su poder. He cumplido mi juramento hasta hoy. Habeis llegado aquí con ánimo de quitarme la vida, me habeis manifestado ese deseo, y he creido que no debiera oponerme porque no fuerais el primero que salia disgustado de mi palacio; por esto me decidí á indicaros los medios de que podiais disponer para cumplir vuestro propósi-



to, sin riesgo ni peligro. Si todavía teneis el mismo capricho, yo tengo la misma voluntad y contaís con iguales medios. ¿Puedo emplear mejor lo que me resta de vida, que sacrificándola en favor de aquel á quien esta accion es ventajosa?

«He pasado ochenta años entre placeres y delicias, y segun el curso ordinario de las cosas, poco será lo que me falte para concluir. ¿No es mejor, pues, dar como he dado mis tesoros, que aguardar á que la naturaleza me los quite? Así, pues, si mi muerte os puede agradar, no temais quitármela. Hasta ahora no he encontrado nadie que la deseara, y acaso ya no lo encontraré: de suerte que, suponiendo que alguno la quiera, cuanto más la guarde, menos ha de valer. Tomadla, pues, antes que valga menos.»

Mitridanes; lleno de vergüenza, exclamó:

—¡No quiera Dios que me ocurra nunca un pensamiento igual, pues lejos de querer abreviar vuestra existencia, me alegraria poder alargarla con el sacrificio de la mia!

Y si yo os proporcionase el medio de alargar mis días, ¿lo hariais?

—No lo dudeis, respondió el jóven.

—Pues si esto es así, vais á conseguir lo que ninguno todavía ha podido obtener de mí; recibiré de vos una cosa que será la primera que he tomado de nadie.

—Haré cuanto os plazca, dijo Mitridanes; hablad.

—Aceptad mi casa, os la doy; yo me iré á la vuestra con vuestro mismo nombre.

—Si estuviese seguro, replicó el jóven, de tener un alma tan noble y grande como la vuestra, no tendria inconveniente en aceptar esa oferta; pero como estoy casi cierto de que mis acciones disminuirian el brillo de vuestra antigua reputacion, no quiero degradar en otro lo que en mí no puedo ennoblecere; así, pues, permitidme que rehuse.

Despues de esta conversacion, volvieron al palacio, donde Mitridanes permaneció aun algunos dias, siendo colmado de cariños y honores por parte de Natan, quien le aconsejó que persistiese en la noble y sublime empresa de ser generoso y caritativo.

Queriendo, en fin, Mitridanes, volver á su palacio, Natan no se opuso á ello, despues de haberle hecho conocer que no podia vencerle en liberalidad.

(Traducción de Bocaccio.)

FELIPE PEREZ.

Insertamos con mucho gusto la siguiente sencilla poesia, que una jóven y novel poetisa dedica á nuestra directora, agradeciendo infinito el pensamiento de estos versos que en las circunstancias actuales no pueden menos de ser un bálsamo benéfico para el afligido corazon que ha sufrido una pérdida tan sensible y halla simpatías y consuelos que le hagan mas llevadera su amarga pena.

Aconsejamos á la jóven poetisa que siga cultivando un género para el que manifiesta tan felices disposiciones.

### LA MUERTE DE UN PADRE.

Dedicada á la señora doña Faustina Saez de Melgar,  
por la del suyo.

La campana en triste son  
Anuncia la hora postrera,  
De un alma, que Dios espera  
En su celestial mansion;  
Cansado de caminar,  
Por el sendero de abrojos,  
Al cielo eleva sus ojos  
El que pronto vá á espirar.  
Junto al lecho de ese ser  
Ora, otro ser con fervor:  
Respetemos su dolor;  
Por que llora una mujer.

Miradla, cándida y pura  
Al cielo elevar sus preces,  
Apurando hasta las heces  
Aquel cáliz de amargura.

No hay más horrible sufrir  
Ni dolor que más aflija,  
Que ver una tierna hija  
Á su buen padre morir.

¡Qué triste desolacion!  
Cuando el moribundo anciano,  
Levanta su débil mano  
Para dar su bendicion;

Y con voz trémula y fria  
Dice, con dolor profundo

«—Voy á dejar este mundo  
«Y te bendigo, hija mia.

«Sé tú el amparo y sosten  
«De tu anciana y buena madre,  
«Que desde el cielo tu padre  
«Rogará por vuestro bien.»



Vos sois esa triste hija,  
Que llora á un padre querido,  
Por él, perdonadme os pido,  
Que estos versos os dirija;

Pues mi pobre inspiracion,  
Tan solo puede ofreceros,  
Mi admiracion, y quereros  
Con todo mi corazon.

ANTONIA ORTS.

Pravia y Enero 14 de 1865.

### CONSECUENCIAS DE LA ENVIDIA.

#### LEYENDAS ARABES.

(Continuacion.)

—Sí; no es verdad lo que he dicho, contestó el niño corriendo hasta ella con ambos brazos abiertos, y con una sonrisa tan pura y angelical como la de los ángeles.

El pequeño Malek tenía poco más de cinco años, A á esa edad las gracias de los niños tienen un encanto que seduce y arrebató.

Su hermana le estrechó maquinalmente sobre el corazon, y el agradecido niño estampó muchas veces sus rosados labios en el hermoso rostro de Sharaca.

La esclava apretó los dientes con furor, y miró á ambos con aire de amenaza.

En seguida, acercándose pausadamente á su señora, se aproximó á su oído, y le dijo algunas palabras misteriosas, de esas que el fanatismo tiene como sagradas, y la subyugada jóven empezó á temblar, dejando caer al niño de sus brazos.

La esclava insistió en sus pérfidas palabras, y volvió á presentar el libro de los oráculos y las profecías ante los ojos de Sharaca.

Esta volvió á hojearle con desesperacion, y su rostro se puso encendido como el carmin.

Desalentada, furiosa, empezó á dar agitados pasos por la habitacion, con el velo echado atrás, los cabellos en desórden, y abierta la rizada camiseta de finísima gasa, para dejar paso á la agitacion con que latía su blanco pecho, que hacia gran contraste por su palidez con el arrebatado color del rostro.

La locura, la fiebre, la desesperacion, invadian su cerebro.

La esclava la seguia como el demonio de la tentacion, repitiéndola al oído:

—Dentro de pocas horas, Abdalá será el esposo de

la venturosa Amina, y tú, gran señora, morirás de desprecio y de celos.

Si quieres evitarlo, volemós al templo, y consúmase el sacrificio.

Corramos aquí un negro velo á la escena que allí sucedió. El pequeño Malek fué sacrificado.

La sangre del inocente niño corrió en las aras del templo de la Cava; por mas que el desventurado queria asirse de las ropas de su hermana, y la pedia perdon, asegurándola que nada diria á su padre, que él seria bueno y la querria mucho si no le mataba. ¡Escena terrible, que espresa de una manera horrorosa que la criatura es más perversa y sangrienta que el tigre, cuando solo se guia por los horribles instintos de la materia, y no reconoce en si un alma, ni la idea de la Divinidad ilumina su ser!

¡Pobre mundo si no tuviese un Dios que amar y una certeza de que el alma sobrevive al cuerpo, y que las acciones malvadas tienen su castigo y las buenas su recompensa!

Las razas de las fieras se respetan entre sí. Viven en sus grutas amamantando á sus hijos, y solo devoran al que desea arrebatárselos.

Los tigres se unen en sus escursiones; los lobos atacan juntos al viajero; pero ellos se respetan y quizás se aman; ¡pero el hombre!... ¡oh! ¡el hombre no tendria dique en sus perversidades, si no temiese la ira del Supremo Dios, y los suplicios de una eternidad de purgatorio.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

### REVISTA DE TEATROS.

#### ALBUM DE LA VIOLETA.

*La Espada y el Laud*, drama en tres actos y en verso, original del Sr. Pálo y Coll.—Estrenos en el coliseo del Circo.

Nunca es más agradable la mision de la critica que cuando encuentra en su tránsito una produccion dramática debida al genio de los autores de primer orden. Podrán estos incurrir en severas faltas, podrán descender en grado considerable, pero es seguro que nunca se equivocan por completo, que no abdicar enteramente su gloria, que al lado de sus defectos dejan entrever alguna cualidad excelente, y que entre la escoria y la hojarasca de sus obras suele brillar tambien alguna perla. Consiste esto en que el



verdadero genio, esa gran facultad creadora concedida al hombre por la madre naturaleza, esa poderosa intuición que revela al alma las armonías de lo bello y sublime, no puede engendrar obras malas en absoluto, bastándole dejar caer sobre ellas una de sus ardientes ráfagas para librarlas de los veredictos de la opinión.

Hacemos este preámbulo porque tenemos hoy el deber de examinar con grande indulgencia un drama nominado *La Espada y el Laud*, debido á la inteligente pluma del Sr. Palou y Coll, y estrenado en el coliseo del Principe con un éxito muy razonable, que no por haber causado poco ruido y alboroto, deja de ser para su autor glorioso y lisonjero.

No es preciso declarar aquí quién es el Sr. Palou y Coll: le conoce toda España.

Y le conoce, porque ha escrito una sola producción dramática, *La Campana de la Almudaina*, de inolvidable memoria.

Basta, pues, consignar este antecedente para espedir cédula de vecindad al Sr. Palou en el moderno Parnaso dramático.

Aparte de esta circunstancia, nosotros tenemos el deber de consignar aquí otros detalles que pueden acrecentar y multiplicar el lustre de la biografía de este escritor.

Palou es un gran poeta.

No el poeta que vierte su númen en la forma y en los accidentes, sino el que la vierte sobre el fondo del asunto, sobre los pensamientos y sobre los caracteres; es el verdadero poeta dramático; y es además un jóven que empieza, un jóven que ha alcanzado un gran triunfo, y que sin embargo no ha perdido su modestia: un jóven que ha sabido mantenerse en la buena senda, cultivando un género propio, y dando saludable ejemplo de constancia y aplicación, consagrándose al arte dramático con fé pura.

Todas estas cualidades recomiendan grandemente al Sr. Palou, y de todas ellas ha dado inequívocas muestras en su última producción dramática, cuya importancia literaria vamos á examinar con la brevedad posible.

Antes de pasar adelante ocurren desde luego dos preguntas: ¿Puede competir *La Espada y el Laud* con *La Campana de la Almudaina*?—No.—¿Son dignas del autor ambas producciones?—Sí.—Ahora explicaremos cumplidamente esta negación y esta afirmación.

*La Campana de la Almudaina*, así como *La Espada y el Laud*, pertenecen á un género *pasado* que no se

identifica ya con el gusto del público; pero la primera tiene en su abono la parte psicológica del asunto, que es siempre nueva, mientras la segunda adolece y se resiente de una psicología gastada en fuerza de haberse repetido hasta la saciedad y de haber cambiado por completo el carácter de los tiempos.

En *La Campana de la Almudaina* se pone en juego el amor de madre que es siempre inmutable y eterno en todas las edades, que enfeuda con igual energía en el alma de la mujer, que la acompaña á todos los climas y á todas las regiones, en medio de las sociedades civilizadas y en el ámbito de las tribus salvajes, ora vista el riquísimo brial de las antiguas castellanas ó las sedas y cachemiras del siglo XIX, el traje de la corte ó el de la aldea, el de la ciudad ó el de la campiña, determinando en ella ese conjunto de perfecciones y armonías divinas que cautivan al hombre y suavizan su condición, ese admirable carácter embellecido por todas las luces, por todas las gracias, por todas las virtudes, bajo cuya dulce influencia parece que reverdecen las flores de la vida, y se encorvan las espinas, anticipando en este valle de lágrimas algunas de las delicias vírgenes del paraíso.

En *La Espada y el Laud* no se ha hecho uso de este resorte fecundo que abre ancho campo á la fantasía del escritor; y se ha intentado reemplazarle con el de los amores romancescos ó caballerescos, personificados en los bardos, trovadores ó cultivadores de la *gaya ciencia*, medio que ha sido explotado en todas las fábulas, y que, desviándose completamente de la índole y tendencias de nuestras costumbres, se hace monótono y cansado por más que se le revista de formas deslumbrantes.

El defecto capital de la última producción dramática del Sr. Palou, consiste, á nuestro modo de ver, en la mal acertada elección de la figura del protagonista. Agustín ó Ausias March, célebre trovador y guerrero que floreció en tiempo del rey D. Juan I de Navarra, es más bien que una persona, una especie de mito, que pasa sobre la historia con la velocidad de una sombra, y que no deja en sus poesías un solo rasgo que pueda esclarecer y determinar su verdadero carácter.

Y así como la historia ha omitido el diseño, así como ha dejado envuelta en tinieblas y crepúsculos esta interesante figura, de la misma manera el señor Palou se ha mostrado endeble al delinearla, en términos, que no ha conseguido ofrecernos la muestra



de su carácter saliente, obra casi imposible, tratándose del personaje en cuestión.

Anulado el carácter del protagonista, fácil es deducir el papel que hacen los demás: unos y otros se disputan la primacía: todos pretenden elevarse: todos aspiran á adquirir la misma talla, y todos se desvirtúan lastimosamente ahogando los elementos dramáticos en vez de desenvolverlos de una manera propia y conveniente.

Aparte de la poca ó ninguna originalidad del asunto, resiéntese este de largueza y exuberancia, que si bien son cualidades recomendables cuando hay gran caudal de ingenio, no están en consonancia, por lo comun, con la amable sencillez del arte. Esta circunstancia perjudica mucho á la obra, porque abundando en ella la energía vital, aglomera los efectos sin la preparacion debida, distribuye la luz en lugar de condensarla sobre un punto, y estingue la emocion del espectador cuando empieza á iniciarse, sin concentrarla sobre un momento grave y solemne que pudiera reasumir todos los efectos que aparecen diseminados.

Además, la exuberancia del argumento ha sido un obstáculo para el natural desarrollo de la fábula, confundiendo de tal manera los hilos de la trama, que en algunas ocasiones se ostenta embrollada y enigmática con detrimento de la claridad y precision que tan necesarias son para las obras de teatro.

Digamos algo de la forma.

Desde luego se puede asegurar que es superior al asunto, y que cautiva y deleita por sus apreciables condiciones. El lenguaje es puro y correcto, y la entonacion robusta y levantada. Toda la obra dice su palabra con viril acento, y aunque la versificacion se muestra forzada y anhelante en algunos momentos, se oye con gusto porque está bien sentida, y entraña pensamientos muy bellos.

En prueba de esto, hé aquí los versos que recita Ausias á su amada Teresa:

Rey me hiciera mi ventura  
En el arte de trovar,  
Si acertara yo á cantar  
Vuestra divina hermosura.  
Mas ya niegue al trovador  
Dios, que encantos os prodiga,  
Acento que al mundo diga  
Vuestras prendas y mi amor;  
Ya otorgue á mi anhelo fiel  
El astro que el Dante abarca,  
La ternura de Petrarca,  
La fé de Arnaldo Daniel;

Raudal de inmensa poesía,  
Del alma en el fondo presa,  
Vos siempre tendreis, Teresa,  
Un himno del alma mía.

En resumen: despues de lo que hemos dicho, ¿qué nos queda de la última obra del Sr. Palou?

Á pesar de sus defectos, á pesar de sus lunares, nos queda un recuerdo sumamente agradable, y un motivo más para que le concedamos nuestro aprecio y estimacion.

Un recuerdo agradable, porque su drama, aun siendo así, se eleva sobre todas las obras de esas medianías que traducen á destajo plagando la escena de disparates y mamarrachos: porque se eleva también sobre las de esas otras medianías, que sin traducir consideran el arte como una industria lucrativa, y se dedican á él sin mas fé ni razon que las que se desprenden de un interesantísimo repugnante; porque aunque tiene esceso de argumento, revela las grandes dotes de inventiva que atesora su lozana imaginacion, y, en una palabra, porque en los toques delicados que abundan en su obra, en los rasgos valientes que se descubren en ella, adivinamos la escelencia y grandeza del genio del autor, que si avanza por tan buena senda, si no depones las armas, conquistará uno de los primeros puestos del teatro español.

La ejecucion de esta obra ofreció una sola circunstancia recomendable: que los actores vistieron bien. En cuanto á lo demás, renunciamos á dar idea á nuestros lectores de los pecados que cometieron; así Dios se los tome en cuenta.

Antes de cerrar esta revista, queremos consagrar dos líneas á la zarzuela en un acto nominada *Revista de 1864 y 1865*, letra del Sr. Gutierrez Alba y música del maestro Arrieta, estrenada con éxito satisfactorio en el coliseo del *Circo* la semana última.

Esta obra es un juguete originalísimo, desempeñado con feliz ingenio, lleno de sales cómicas y de conceptos chispeantes que consiguen agradar y complacer en extremo á la concurrencia, por cuya razon proporciona al teatro todas las noches una crecida entrada. En la de su estreno hicieron salir al autor nueve veces al palco escénico, y, á lo que es cuenta, se sigue escuchando con el mismo delirio y contentamiento. Sirvan estas líneas, pues, de recomendacion á nuestros lectores por si quieren participar de aquel ameno espectáculo.

LEANDRO A. HERRERO.



## MODAS.

## CORREO DE SEÑORITAS.

El cielo de la elegancia se ha mostrado propicio en desprender copiosa lluvia de novedades.

¡Buena cosecha, queridas lectoras! ¿Quién desea recogerla?

Nos hemos propuesto constituirnos en propagadores de la moda á despecho de la partícula *se*, que según Alfonso Karr, agota la paciencia y el bolsillo de nuestra galante mitad, y por más que prediquen sus adversarios, han de salir de nuestra mente los más acabados modelos.

Supuesto que como quiera que sea, siempre *se* han de llevar sombreros y vestidos, trataremos de confeccionarlos con arreglo al buen gusto.

Llegó el momento de los trajes de gran toilette; las comidas y los bailes nos arrojan en plena estación de elegancia.

Los trajes de visita han concedido el supremo honor al terciopelo con vestimenta igual adornada de pieles, ó de pasamanerías dominando las primeras. Un estrecho rouleau de ellas guarnece el bajo de la casaca, los bolsillos y las sisas; la falda debe llevar una, dos ó tres vueltas en el bajo; y como complemento, un manguito pequeño también de terciopelo con pieles.

Los colores granate y pensamiento, son los favoritos.

Rivalizando con estos terciopelos, tenemos los tejidos de fantasía; rayas de raso y terciopelo, aplicaciones del mismo, sobre *poult de soie*, mezclas de felpa y raso, novedad que constituyen sello especial de elegancia.

Citaremos dos: uno de felpa azul méjico, recortado á dientes punteagudos un poco más arriba de la rodilla, y partiéndolo desde allí tiras de felpa cruzándose á rombos sobre raso azul ligeramente bullonado.

Otro de raso pensamiento, levantado solamente por delante sobre una falda interior de felpa drapeada con cabos de pasamanería con borlas. Los cuerpos permanecen divididos en dos formas; los cinturenes Imperio y las aldetas tan diversas en su corte. Las mujeres algo gruesas adoptan más bien estas que adelgazan el talle, persistiendo las delgadas en conservar las cinturas redondas; les damos la razón, porque seguramente son encantadoras. Las

hebillas grandes son admitidas, no solamente con los trajes de salir, sino también con los de sociedad, con la sola diferencia de que en este caso se hallan enriquecidas de pedrería, y sirven para retener cintas de raso lameadas de oro ó bordadas de perlas.

Mejor que indicar lo que se lleva, preferimos describir algunos trajes, empezando por los de salir.

Desde luego uno de raso pensamiento, recortado en anchísimos dientes redondeados, á treinta centímetros del bajo, y bordeados de terciopelo negro. Esta falda se destaca sobre una tira de raso pensamiento á finísimo rayado de terciopelo negro y formando bien la cola; el cuerpo es vesta rusa de raso liso como la falda de encima sobre un chaleco con manga larga de raso, rayada de terciopelo; completa este traje un paletot cimbreado en terciopelo negro con aplicaciones de pasamanería. Sombrero fanchon en terciopelo pensamiento, con el borde del ala compuesto de una doble vuelta de perlas de acero y blonda blanca; dos plumas pensamiento por encima formando lazo y separadas por un apresto de azero con cinco colgantes.

El acero se emplea no solamente para sombreros, sino también para vestidos y vestimentas; es de lindísimo efecto, sobre todo con el pensamiento y el azul.

El segundo traje es de terciopelo negro con una estrecha tira de chinchilla que reproduce una greca por encima del falso. La vestimenta y el manguito iguales, y el sombrero todo blanco, de felpa rizada, bordada de abalorio blanco, sin más adorno que un pequeño fanchon y una pluma de marabouts descendiendo sobre la nuca.

Nos representamos encantadoras á dos jóvenes con los siguientes trajes de visita, que hemos visto confeccionar en casa de la señora Bueno, calle de Carretas, 39, principal izquierda.

Uno de tafetan negro con filetes azules formando cuadros. El bajo de la falda denteado, bordado de terciopelo azul, y sobre cada costura un triple rombo del mismo terciopelo, montante hasta cuarenta centímetros. Una casaca de felpa azul, adornada de botones de acero, y un sombrero fanchon de crespon azul bordado de perlas de acero, y rodeado de una tira llana en plumas de faisán: lazos azules, un metro de largos, partiéndolo desde la nuca; pelerina y manguito de chinchilla.

El otro es de *poult de soie* negro con entredoses



de encaje idem, colocados sobre una cinta blanca formando rombos que se destacan de distancia en distancia sobre el bajo de la falda. Una casaca de terciopelo negro liso con gafetes de pasamanería perlada, colocados por detrás para señalar el talle. Sombrero *fanchon* de crespon blanco, bordado de abalorio idem, adornado por detrás con tres gruesas rosas, estrellas de abalorio blanco, y campanillas de terciopelo con el centro de abalorio blanco; lazos de terciopelo negro, pelerina y manguito de armiño.

En casa de Mad. Grenet, Puerta del Sol, núm. 44, hemos visto los siguientes trajes de señora, que por cierto difieren muy poco de los de soltera; pasó el tiempo en que las jóvenes se vestían con sencillez. Hé aquí dos trajes de gran señora:

El primero de raso malva con el delantero bordado, formando delantal con perlas de acero, que produce á la luz un centelleo bastante original. La falda lisa con cola y el cuerpo escotado con berta plana bordada de acero; alta cintura redonda, igualmente bordada, cerrándose con una hebilla de acero, y terminada por detrás en un lazo á tres largas puntas, igualmente bordado.

El prendido es una diadema de terciopelo malva, bordada de acero, y acompañada de una pluma blanca.

El otro es de terciopelo azul lápiz-lázuli, con una ancha tira de guipure en el bajo, remontando en túnica por el lado izquierdo; cuerpo escotado con aletas formadas por cabos de guipure. En los cabellos un bello pájaro colocado entre los *bandeaux* con las alas desplegadas, y otro igual en medio del cuerpo.

Terminemos esta larga nomenclatura con dos trajes de baile, espeso el uno y ligero el otro. El primero es de *poult de soie* blanco mate, con el bajo de la falda adornado de un altísimo rollo en terciopelo pensamiento, sobre el que descende una franja de abalorio blanco. El cuerpo escotado tiene ancho cinturón de terciopelo, cuyas puntas van guarnecidas de abalorio, así como la pequeña berta lisa de terciopelo. No mencionamos las mangas, porque cada vez se llevan menores, siendo solo un bullon de tul que desaparece completamente bajo de la berta. El prendido es una toca de terciopelo pensamiento en medio de la cual se coloca una flecha de perlas que retiene una pluma blanca.

El traje ligero es de tul blanco, adornado con tres volantes de Chantilly, pero no los clásicos volantes de otras veces, sino de una mediana altura; de ma-

nera que solo guarnecen media falda, y van drapeados de distancia en distancia con cabos igualmente de encaje, pero cubiertos con un bordado de coral rosa. Encima túnica de encaje atravesada al viés, que se continúa sobre el cuerpo, viniéndose á fijar á un hombro por medio de un gafete de coral, igual á todo el adorno. El prendido sumamente irregular, se compone de ramas de coral y barbas de encaje.

Queda todavía bastante cosecha que se recogerá en el número siguiente.

JOAQUINA DE CARNICERO.

### ESPLICACION DEL GRABADO DE LENCERIA.

1.º Sombrero de raso, todo alrededor del ala por delante forma canalones, por detrás olas de tul figuran bavolet cayendo encima de un lazo encarnado con grandes caídas que descienden por detrás; una cinta del mismo color que baja estrechándose por los lados, atraviesa el sombrero y se prolonga en caídas. Flores blancas en lo alto.

2.º Sombrero bullonado de tul, cogidos los bullones de trecho en trecho con unos botoncitos de raso; bavolet de tul, cintas verdes y flores encarnadas.

3.º Gorra de tul moteado, con una tira festoneada y rizada todo alrededor. Flores blancas encima y lazos color de paja detrás.

4.º Gorra formada de entredoses y tiras bordadas, y guarnicion festoneada la rodea y cintas de raso de color de rosa.

5.º Fichú y mangas para vestido escotado, son de entredoses bordados y bullones de cinta verde rizada, guarnecidas de una cinta blanca y una tira bordada.

6.º Camiseta de batista, encima de la cual se lleva una vesta rusa sin mangas, formada de muselina moteada y guarnecida con una cinta lila y una tira bordada.

7.º Falda para niño recién nacido. Es de batista con trencilla y adornada con lazos azules y botones.

8.º Corbata de raso color de paja, bordada, con azabaches y fleco, es para señorita joven.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1885.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.

Calle de Preciados, 74, bajo.